

Lewis Carroll



El bibliotecario al otro lado del espejo

El británico Charles Lutwidge Dodgson (1832-1898), más conocido como Lewis Carroll, siempre estuvo al otro lado del espejo. Colocó allí a la protagonista de su obra más famosa, Alicia, pero, realmente, quien estuvo constantemente en un mundo de fantasía o en un mundo ideal fue él. Y, sin embargo, siempre tuvo los pies en el suelo, preocupado día y noche por sus ingresos, su estabilidad económica y sus progresos profesionales, contratos y proyecciones en diversos ámbitos del saber.

Se dedicó a las matemáticas, llegando a escribir varios libros sobre la materia, y vivió en un universo de lógica, de números y abstracciones, a la vez que impartía clases sobre esa materia desde 1855 en uno de los *colleges* más prestigiosos de la Universidad de Oxford, el Christ Church, donde acababa de licenciarse en aquella época. Su afición a los números fue tal, y tan deudora de lo desconocido, de lo que está al otro lado, que escribió sobre la posibilidad de la cuadratura del círculo, las paradojas como la de Aquiles y la tortuga o diversos juegos de cálculo en los que un aficionado podría malgastar horas sin ser consciente del paso del tiempo.

Carroll también traspasó el umbral del espejo en su obsesión por la fotografía. Varios meses después de licenciarse, de comenzar sus clases en la universidad y de conseguir un empleo en la biblioteca del Christ Church, lleno de actividades de diversa índole y enfrascado en varios trabajos, escribía a su tío Skeffington, el 22 de enero de 1856, "que me consiga una cámara fotográfica, pues necesito otra ocupación aparte de la lectura y la escritura" (Cohen 1998: 90). Leía compulsivamente desde muy pequeño, cuando frecuentaba la biblioteca familiar y era impulsado por su padre, que lo educaba estrictamente, a estimular el intelecto, la erudición, el orden y la disciplina. Poco más tarde, cuando ingresó en la Richmond School como alumno interno, el autoritarismo de su padre fue trocado por el de los miembros de aquella comunidad educativa, sobre todo el del director del colegio, en cuya casa vivía, junto con sus seis hijos y otros muchos alumnos. Allí volvió a toparse con un mundo de libros y bibliotecas, que frecuentó a diario, dando muestras enseguida de un genio y una proacidad intelectual fuera

de lo común, que fue puesta de manifiesto por el director al padre del futuro escritor y bibliotecario. De hecho, su interés por lo desconocido, por el mundo de la fantasía, la curiosidad absoluta y el deseo de conocer y reproducir artísticamente lo conocido o deseado, se manifestó desde muy pequeño en el seno familiar y en el de la escuela. Ya en casa de sus padres se erigió en instructor de sus hermanos. Con la ayuda de un carpintero construyó un teatro de títeres, compuso obras teatrales y ofreció funciones constantes a su familia, manipulando las marionetas con particular destreza. A la vez, escribía poemas y relatos cortos, y construía disfraces que utilizaba para las sesiones de magia cuyos trucos eran inventados por él mismo.

Cuando, en 1856, ya licenciado, se quedó prendado del arte de la fotografía, gran parte de sus esfuerzos fueron dirigidos a conseguir tanta destreza en ese campo como la que tuvo desde niño en el estímulo de la fantasía, y la que consiguió en su adolescencia con respecto a las matemáticas. Por eso, su trabajo en la biblioteca era solo una faceta más de las muchas que llenaban, de un modo casi milagroso, días que parecían de 48 horas al menos. De hecho, la biblioteca se convirtió desde aquel momento en un lugar "social", en el que quedaba con alumnos para resolver enigmas matemáticos, ensayaba fotografías que más tarde iba a realizar, preparaba clases de diversa índole, leía y escribía durante horas los temas que luego iban a ser expuestos en sus numerosas conferencias, aquellas que lo hicieron famoso en toda la zona, y organizaba tertulias con los temas que le apasionaban. Más que un trabajo, su actividad en la biblioteca se fue convirtiendo poco

a poco en un modo de concentrar energía para otros menesteres que le interesaban tanto o más que los libros.

Había sido contratado como subbibliotecario el 14 de febrero de 1855, y sus primeras reflexiones acerca del cargo fueron económicas. Estaba tratando de hacer una vida independiente, recién licenciado y viviendo en el campus, y a su incipiente labor como docente –hasta entonces llevaba un tiempo dando clases particulares y tutorías de matemáticas– por la que recibía unos emolumentos no del todo satisfactorios, iba a añadir, con el trabajo entre libros, ficheros y estanterías, la cantidad de treinta y cinco libras lo cual, reconoció, no le iba a dar demasiada independencia, por lo que su obsesión se centró en conseguir más alumnos para sus clases particulares y completar su dedicación oficial en el Christ Church con un trabajo remunerado además del de la biblioteca, como el de *lecturer* de matemáticas, es decir, profesor ayudante. Comentaba a menudo por aquellas fechas que Faussett, el profesor que ocupaba el puesto deseado por Lewis, estaba a punto de abandonar la universidad para irse a la guerra de Crimea como oficial, y que si el decano fuera justo, el sucesor natural de Faussett tenía que ser él. Pero en el verano de ese año, el decano murió repentinamente, y el bibliotecario perdió la esperanza de que el proceso de consecución de esa plaza fuera rápido.

Poco a poco, Lewis comenzó a tratar de modo diferente a Alicia con respecto a las otras dos hermanas y quedaba, incluso, con cierta frecuencia, con ella a solas. La niña, de once años, era completamente feliz al lado de aquel señor que hacía volar su imaginación, y él contaba los minutos que le restaban a sus clases o a su horario de biblioteca para correr al lado de Alicia.

Lo que no sabía Carroll es que, el siguiente decano, Henry George Lidell, iba a convertirse, por sus circunstancias familiares, en uno de los hombres más decisivos en su destino literario y profesional. Lewis se había ido a casa de sus padres a pasar el verano, en Londres, y a la vuelta a Oxford se

encontró reforzado en su puesto como bibliotecario, con más alumnos particulares y con el nombramiento, para su sorpresa, de *lecturer* de matemáticas, por lo que podía con justicia decir que acababa de entrar en el ambiente de la élite académica de Oxford. Entre tanto, el nuevo decano comenzaba a realizar grandes cambios en la universidad, que ya no sería la misma cuando dejara su puesto treinta y seis años más tarde. En pocos meses, la popularidad del nuevo mandatario se hizo patente, no solo por su frenética actividad sino también por la elegancia, inteligencia y don de gentes de su esposa Lorina, que se preocupó por los jóvenes del Christ Church como si fueran sus propios hijos. El 25 de febrero de 1856, mientras Lewis asistía a unas regatas, conoció casualmente a la señora Lidell y a sus dos hijos mayores, Harry y Lorina, y enseguida se estableció una corriente de afinidad entre todos. Dos meses más tarde, el 25 de abril, cuando ya el gusanillo de la fotografía había invadido la mente del escritor y bibliotecario, y el tío Skeffington le había conseguido una cámara, Lewis visitó la casa del decano para realizar una sesión fotográfica en la zona de la catedral. Entonces conoció a la persona que le haría conocido en todo el universo: Alicia, la hija pequeña de los Lidell, de cuatro años. Anotó en su diario que trató de hacer buenas fotos a las hijas del decano, pero no fue fácil, porque no eran buenas modelos, ya que se movían con la impaciencia propia de los niños. Tras ese aparente fracaso, Lewis volvió varias veces a la residencia del decano para intentarlo de nuevo. Más tarde utilizó la propia biblioteca para fotografiar a los hijos de Lidell. Finalmente, a principio de mayo, logró hacer una buena fotografía de Harry, el hijo mayor del decano, en la biblioteca y con abundancia de luz artificial. Pocos días más tarde, fue invitado por el decano a comer a su casa para ver el resultado, y a esa invitación siguieron muchas más. Las reuniones fueron alargándose, las fotos multiplicándose, y en muy poco tiempo el bibliotecario fotógrafo se convirtió en uno más de la familia.

Fue en ese momento, probablemente, cuando descubrió que tenía una debilidad muy especial por los niños de corta edad. De toda su producción poética y narrativa de esa época de finales de los cincuenta y principios de los sesenta hay un denominador común: la mirada irónica sobre el desengaño amoroso, las esperanzas inútiles y la diferencia de edad entre el hombre y la mujer a la que desea. Lo más curioso es que, hasta ese momento, nada se sabe sobre la vida sentimental de Carroll. Todo apunta a que, a sus treinta años, todavía no se había enamorado. Sus biógrafos piensan que el principal conflicto de su

personalidad estaba ya servido, pero nadie conocía realmente su intimidad. Dice Cohen que:

Es posible que exista una relación entre el presumido que reiteradamente se ve a sí mismo como un anciano evocando un amor no correspondido o perdido y la melancolía reflejada en esos primeros versos. Posiblemente, Charles ya se había enfrentado a su personalidad, a su temperamento y a su atracción por las niñas impúberes. Era distinto a otros hombres y lo bastante astuto para darse cuenta de que esa diferencia le crearía dificultades, le causaría sufrimiento, dejaría insatisfechos sus poco convencionales anhelos. Comprendía, tal vez, que ya que seguía un rumbo ajeno a la corriente de aceptación social, tendría que vivir como un intruso (Cohen 1998: 108).

La biblioteca se convirtió desde aquel momento en un lugar “social”, en el que quedaba con alumnos para resolver enigmas matemáticos. Ensayaba fotografías que más tarde iba a realizar. Preparaba clases de diversa índole. Leía y escribía durante horas los temas que luego iban a ser expuestos en sus numerosas conferencias.

A comienzo de la década de los sesenta, ese disimulo cedió definitivamente. El 30 de marzo de 1861 escribió la primera carta –de que se tiene constancia– dirigida a una niña de diez años, Kathleen Tidy, a quien había fotografiado anteriormente. En la misiva le deseaba, con su mordacidad habitual, mucha felicidad en su 72 cumpleaños, siempre con el juego irónico de las enormes diferencias de edad. Y en Navidad, recién ordenado diácono de la Iglesia de Inglaterra, regaló a las tres hijas de Lidell, Lorna, Alicia y Edith, un ejemplar del libro de Catherine Sinclair, *Holiday House*, que trataba de "describir esa clase de niños ruidosos, juguetones, traviesos, ahora casi extintos, con el deseo de conservar una especie de recuerdo fabuloso de los días de un pasado lejano, cuando los jóvenes eran como potrillos salvajes en las praderas, en lugar de jamelgos quebrantados en el camino" (Wolf 1985: 7) Al regalo, Lewis adjuntaba un poema para las niñas, escrito en

versos acrósticos en los que se leían los nombres de las tres destinatarias del libro. De ahí en adelante, las visitas del escritor a la residencia del decano para ver a las niñas se multiplicaron, así como las de ellas a las habitaciones y a la biblioteca de Carroll, al tiempo que este descuidaba de vez en cuando sus obligaciones como profesor o bibliotecario para llevar a las niñas a largos paseos por el río. Alicia lo recordaba así en sus memorias: "Salíamos a sus habitaciones o a la biblioteca (...) escoltadas por nuestra niñera. Cuando llegábamos allí, solíamos sentarnos en un sofá grande a cada lado de él, mientras nos contaba historias, que iba ilustrando sobre la marcha con dibujos a lápiz o a tinta. Cuando estábamos completamente felices y divertidas con sus historias, solía hacernos posar, y exponía las placas fotográficas antes de que se nos hubiera pasado el buen humor. Parecía tener una reserva inagotable de esos cuentos fantásticos, que se inventaba según los iba contando" (Cohen 1998: 120-121). De esos innumerables paseos por el río o de aquellas veladas interminables en la biblioteca o en cualquiera de las residencias nacieron las historias de *Alicia en el país de las maravillas*. Carroll necesitaba material para cada una de esas entrevistas con las niñas, a las que él acudía con una inquietud y un deseo mucho mayor que el de las niñas, quienes escuchaban con fascinación los cuentos de hadas del poeta y amigo. Poco a poco se acostumbró a meter en el contexto de sus historias a las mismas niñas, sobre todo a Alicia, hasta que comenzó a estructurar aquellas sesiones interminables con las niñas como un todo bajo el título "Las aventuras de Alicia". Él mismo ha descrito la evolución de aquel proceso:

Más de una vez tuvimos que remar juntos –las tres doncellitas y yo– en aquella corriente tranquila, y fueron muchos los cuentos de hadas que tuve que improvisar en su honor, tanto si en ese momento el escritor estaba "en vena" y le venían a la mente fantasías no buscadas, como cuando había que incitar a la agotada Musa para que se pusiera en movimiento (...), hasta que llegó un día en que, casualmente, una de mis pequeñas oyentes me rogó que le escribiese un cuento (...). En un intento desesperado por abrir un nuevo camino a la tradición mágica, empecé por meter a mi heroína en una madriguera de conejo, sin tener la menor idea de lo que iba a suceder después (...). Al escribirlo, añadí muchas ideas nuevas, que parecían brotar espontáneamente del material original; y años



Poco a poco se acostumbró a meter en el contexto de sus historias a las mismas niñas, sobre todo a Alicia, hasta que comenzó a estructurar aquellas sesiones interminables con las niñas como un todo bajo el título “Las aventuras de Alicia”.

después vinieron a sumarse muchas más, cuando volvió a escribirlo para su publicación. (Carroll 1887: 25).

Poco a poco, Lewis comenzó a tratar de modo diferente a Alicia con respecto a las otras dos hermanas, y quedaba, incluso, con cierta frecuencia, con ella a solas. La niña, de once años, era completamente feliz al lado de aquel señor

que hacía volar su imaginación, y él contaba los minutos que le restaban a sus clases o a su horario de biblioteca para correr al lado de Alicia. Pero a mitad de la década de los sesenta esa relación terminó bruscamente. El decano tuvo una discusión con Carroll, que acabó en ruptura, lo que impidió al bibliotecario continuar sus visitas a la residencia de Lidell, y a Alicia las suyas a los dominios de Lewis. Nunca se ha sabido a ciencia cierta qué pasó, pero muchos biógrafos apuntan a la intención de Carroll de pedir la mano de la niña, para casarse con ella, a pesar de sus once años y de una diferencia de veinte entre los dos, que en esa franja de la vida es algo más que exagerada. Aquel suceso afectó enormemente al escritor quien, a pesar de aquellas penosas circunstancias de desamparo, terminó de escribir y publicar sus libros sobre Alicia, esos cuentos del otro lado que le han llevado a la fama póstuma, por encima de otros cientos de escritos de carácter literario o científico que realizó, desde este lado del espejo, con mucho más esfuerzo e inteligencia, pero con mucho menos amor. ▴

Bibliografía

- Carroll, Lewis (1887). “Alice on the Stage”. *The Theatre*. London: Carson and Comerford.
- Cohen, Morton N. (1998). *Lewis Carroll*. Barcelona: Anagrama.
- Wolf, Robert Lee (ed.) (1985). *Masterworks of Children’s Literature*. New York: Stonehill Publishing Company, Vol 5, “The Victorian Age”, 1837-1900.

Ficha técnica

AUTOR: Esteban, Ángel.

TÍTULO: Lewis Carrol, el bibliotecario al otro lado del espejo.

RESUMEN: El británico Charles Lutwidge Dodgson (1832-1898), más conocido como Lewis Carroll, fue un ingenioso escritor y matemático. Vivió en uno de los *colleges* más importantes de Oxford, el Christ Church, en cuya biblioteca también trabajó como ayudante. Tuvo tanta afición a la escritura como a los números. Llegó incluso a hacer hipótesis sobre la cuadratura del círculo. Tuvo así mismo una gran obsesión por la fotografía.

MATERIAS: Carroll, Lewis / Autores Literarios / Bibliotecarios.